

El pensamiento social latinoamericano y los desafíos del siglo XXI*

Carlos Eduardo Rosa Martins**

Resumen

El presente artículo analiza las principales corrientes del pensamiento social latinoamericano y sus autores, con énfasis en el periodo que inicia en la segunda mitad del siglo XX. El autor enfoca el pensamiento independentista, las teorías del desarrollo, el colonialismo interno, las teorías de la dependencia, el endogenismo, el neodesarrollismo, el neoliberalismo y su crisis. En conclusión, el autor busca situar las grandes vertientes interpretativas que se proyectan desde nuestra región para el siglo XXI.

Palabras clave: pensamiento social latinoamericano, teorías del desarrollo, neodesarrollismo, colonialismo interno, teorías de la dependencia, endogenismo, neoliberalismo.

Abstract

This article analyzes both Latin America's most important social theory and works of the region's most renowned authors of the second half of the XX Century. It looks into the independence movement, development theories, internal colonialism, dependency theories, endogenous views, neodevelopment, and neoliberalism. In conclusion, this article attempts to shape up a view of Latin America for the XXI Century.

Keywords: Latin American social theory, development theories, internal colonialism, dependency theories, endogenous, neodevelopment, neoliberalism.

Resumo

Nosso artigo analisa as principais correntes do pensamento social latinoamericano e seus autores, com ênfase no período que se inicia na segunda metade do século XX. O pensamento independentista, as teorias do desenvolvimento, o colonialismo interno, as teorias da dependência, o endogenismo, o neodesenvolvimentismo, o neoliberalismo e sua crise são enfocados. Em conclusão, buscamos situar as grandes vertentes interpretativas que se projetam desde nossa região para o século XXI.

Palavras chave: pensamento social latinoamericano, teorias do desenvolvimento, colonialismo interno, teorias da dependência, endogenismo, neodesenvolvimentismo, neoliberalismo.

En el primer tomo de la colección *La teoría social latinoamericana*, coordinada por Ruy Mauro Marini y Mária Millán, en 1995 y 1996, Marini señala que el pensamiento social corresponde a la reflexión de una sociedad

* Traducción del portugués al español por Briseida Carrillo Serrato, apoyo en la corrección de la traducción por Beatriz A. Canseco Gómez, revisión de la traducción por Clara I. Martínez Valenzuela.

** Profesor adjunto del Departamento de Ciencia Política de la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ). Correo electrónico: <cadu.m@uol.com.br>.

sobre sí misma. Dicha reflexión expresa proyectos de clases y grupos que luchan por su hegemonía y dominación en determinadas formaciones sociales. Cuando el grado de desarrollo y diferenciación social de éstas aún es embrionario, lo mismo sucede con el pensamiento social, que tiende a justificar el orden vigente apoyándose en factores externos al ámbito de las relaciones sociales tales como la religión, la raza y la geografía. Dicho pensamiento sólo alcanza su madurez cuando busca en ese plano las bases de la organización social.

Lo anterior ocurrió a partir de la revolución industrial, fundamento tecnológico del modo de producción capitalista que impulsa a la complejidad del sistema mundial y de sus formaciones sociales, madurando el pensamiento social y, al mismo tiempo, sus divergencias internas relacionadas con la lucha de clases. En los países centrales ese proceso llevó al desarrollo de la economía política burguesa por Adam Smith y David Ricardo, su evolución hacia el marxismo y a la creación de diversas ciencias sociales (sociología, economía, ciencia política, historia, antropología y relaciones internacionales). La reacción conservadora al marxismo se estableció con la pretensión de independencia y autonomía metodológica de esas ciencias para descalificar la reconstrucción del conjunto de las relaciones sociales vía pensamiento y práctica política. La perspectiva transformadora, a su vez, afirma la globalidad del pensamiento al integrar metodológicamente varias de sus disciplinas en un único proyecto de ciencia social, reconociendo, en ese ámbito, sus individualidades, al mismo tiempo que plantea las reformas y o revoluciones sociales como parte de sus objetivos.

Inscrita como colonia, desde el siglo XVI, en el sistema-mundo creado por la Europa occidental, América Latina sólo desarrolló un pensamiento social capaz de proporcionar un conocimiento sobre sí misma y el propio sistema mundial a partir de las luchas por la Independencia y de la diferenciación de su estructura social, expresada en la formación del proletariado, promovida por la expansión del capitalismo. De la Independencia de la región surgió un pensamiento que se puso de manifiesto en la forma radical del hispanoamericanismo de Simón Bolívar y en la versión inicial del latinoamericanismo de José Martí. Dicho pensamiento se caracterizó por:

- explicar la originalidad y el retraso de la región a partir de sus relaciones de subordinación al imperialismo ibérico o estadounidense y de la reproducción de la economía colonial, de sus relaciones sociales y mentalidades;
- buscar las formas políticas, sociales y económicas para superar esa situación en la redefinición de las relaciones sociales internas —destacando la erradicación de la esclavitud y de la servidumbre— e internacionales de los países latinoamericanos, mediante procesos de integración decisivos para su afirmación nacional, y

- proponer la formación de una identidad nacional y regional en la integración social y cultural entre blancos, indios y negros, capaz de impactar las relaciones internacionales y contribuir a la solidaridad entre los pueblos.

El latinoamericanismo fue fundador del pensamiento social de la región, ya que el pensamiento liberal y conservador permaneció atado, en el siglo XIX y principios del XX, a la preservación de las formas de trabajo esclavistas o semi-serviles y a la lenta transición al trabajo asalariado, que lo vinculaba a los determinismos raciales y geográficos para explicar nuestra especificidad y atraso.

Es conveniente diferenciar latinoamericanismo de pensamiento social latinoamericano. Éste engloba varios enfoques y representa la reflexión de diversas clases y grupos sobre la región que tienen origen en sus bases sociales internas y expresan su especificidad económica, política, social, cultural y/o ideológica. Pero cuanto más vinculado a la dependencia y a la subordinación internacional, menor será su potencialidad y capacidad de afirmación. Inversamente, cuanto menos vinculado a la dependencia y a la subordinación, mayor será la potencialidad y la cualidad de la contribución de nuestro pensamiento al saber mundial. El conocimiento de América Latina de sí misma es también el de su lugar en el sistema-mundo del que forma parte. La originalidad y la creatividad del pensamiento social latinoamericano son universales y fuentes de innovación y de reinterpretación en el saber sobre la propia mundialización.

El latinoamericanismo, al buscar la superación de la subordinación internacional de nuestra región, representa la fuente de mayor potencialidad y fecundidad de nuestro pensamiento. La afirmación de nuestra subjetividad y la redefinición de nuestras condiciones objetivas de existencia mundial están profundamente ligadas. Revela las paradojas de nuestra inserción mundial y lanza nuevas luces sobre las contradicciones del propio sistema mundial capitalista que se quiere superar. Parte de las luchas por la Independencia para luego desarrollarse, en los veintes, en las obras de autores como José Carlos Mariátegui o Ramiro Guerra y encontrar su forma más avanzada en la teoría de la dependencia de los años sesentas y setentas, y en su desarrollo posterior para el enfoque del sistema-mundo.

Al afirmar su originalidad, el pensamiento social latinoamericano no se aparta de aquel desarrollado en otros centros, en particular, en los países centrales. Marxismo, weberianismo, positivismo, socialismo, nacionalismo, liberalismo, conservadurismo —todas esas referencias son apropiadas, reelaboradas y desarrolladas, expresando la afirmación cultural y científica latinoamericana en el sistema-mundo. Fue principalmente a partir de la segunda mitad del siglo XX que nuestro pensamiento se proyectó para ganar dimensión mundial. Las

fases de su elaboración y los paradigmas en torno de los cuales se formaron sus principales contribuciones son presentados a lo largo de este artículo.

El nacional-desarrollismo

Las condiciones que llevaron a la afirmación del pensamiento nacional-desarrollista en América Latina en los años cuarentas y cincuentas se establecieron en la década anterior, con el total agotamiento de la hegemonía británica. Durante esa hegemonía se desarrolló la división del trabajo y la extensión de la economía mundial. Los países centrales se concentraron en la industria y los periféricos en la agricultura, minería o en productos de origen animal para abastecer de insumos capaces de abaratar, en los primeros, los costos de la fuerza de trabajo y del capital constante (maquinarias, materias primas, combustibles, etcétera). Ese proceso se organiza través del imperialismo de libre comercio, que combinó neocolonialismo e ideología de la libre competencia. América Latina, que desde la década de 1820 alcanzó su independencia a excepción de Cuba, que la conquistó en 1902, y Puerto Rico, hasta hoy bajo el control de Estados Unidos, se vinculó a ese esquema principalmente por la adhesión de sus oligarquías al pensamiento liberal desarrollado en Gran Bretaña, basado en la doctrina de las ventajas comparativas de David Ricardo.

Según Ricardo, los países se deberían especializar en la producción de las mercancías en que tuviesen mayor productividad, encauzándolas al comercio internacional para maximizar el bienestar. Un país se podría especializar en sectores de menor intensidad tecnológica, como la agricultura y la minería, por eso su producto se encarecería relativamente —bajo el supuesto de la inmovilidad internacional del capital y del trabajo— permitiéndole participar de los frutos del progreso técnico concentrado en la industria. En América Latina, las oligarquías agroexportadoras, mercantiles y financieras se apoyaron en esas premisas para defender la tesis de la vocación agrícola de sus países —cuya mayor expresión son las obras de Joaquim Murtinho y Eugênio Gudín— y justificar su dominio.

La realidad concreta no encuadraba en esas suposiciones teóricas. Los precios de los productos primarios se deterioraron en relación con los industriales, señalando el peso de la especialización en sectores de baja tecnología. Ese deterioro se manifiesta cíclicamente: en los periodos de crisis los precios de los productos primarios caen de modo abrupto y en los de expansión se recuperan en parte. En ese contexto de crisis estructural del Estado oligárquico exportador se desarrolló el pensamiento nacional desarrollista, que expresó los intereses de la burguesía industrial y de las clases medias que buscaban el control del Estado periférico para subordinar las oligarquías tradicionales, teniendo

como trasfondo el desmoronamiento de la hegemonía mundial de Estados Unidos.

El más importante centro de elaboración teórica del nacional-desarrollismo fue la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), organismo de la ONU, y sus autores más destacados Raúl Prebisch y Celso Furtado. Su principal objetivo era la industrialización de América Latina por medio de políticas de sustitución de importaciones, en las cuales el Estado actúa como planificador y coordinador, y ejerce actividades productivas en sectores de infraestructura, siempre que la rentabilidad sea baja o el empresario nacional no tenga capital suficiente para realizar la escala de inversiones necesaria. Según los autores, la aplicación de la teoría de las ventajas comparativas en los países periféricos provoca el deterioro de los términos de la modificación y el intercambio desigual que los penaliza en su relación con los centros. Eso se explica por las siguientes razones:

- la creciente rigidez de la demanda internacional a la oferta de productos primarios, como resultado del avance de la industrialización que produjo materias primas sintéticas; de la elevación de los niveles de renta que disminuyó la tendencia a consumirlos, y del cambio del centro cíclico de Gran Bretaña para Estados Unidos, que restableció el proteccionismo en los países centrales;
- el excedente de la mano de obra rural en los países periféricos, en razón de las restricciones a la oferta de productos primarios y de la estructura anclada en la herencia del colonialismo —punto destacado por Furtado en su análisis de la economía brasileña. Ese excedente reduce los salarios y actúa negativamente en la formación de los precios periféricos, que resulta de la sumatoria de costos de los factores de producción (capital, trabajo y tierra), y
- las diferencias de concentración de la propiedad y de organización de empresarios y trabajadores para defender los precios de sus factores de producción. En los países centrales se creó un círculo virtuoso basado en el pleno empleo, que estaría en el origen de la innovación tecnológica, introducida para ahorrar mano de obra y reducir costos, y de la capacidad de los trabajadores de participar de los frutos del progreso técnico manteniendo activa la demanda interna y con ella impidiendo los efectos disruptivos de la tecnología sobre el empleo y la transferencia de la productividad a los precios. En los países periféricos, inversamente, se establece un círculo vicioso. El desempleo estructural restringe la innovación tecnológica y deteriora los precios de los factores de producción.

La industrialización era vista, entonces, como una enorme fuente de superación de las raíces del subdesarrollo. Absorbería el excedente de mano de obra en las zonas rurales y formaría parte de su demanda revistiendo el deterioro de los términos de cambio. Sería establecida por sustitución de importaciones en un proceso de largo plazo y requeriría un alto grado de planeación en razón de la escasez de divisas que tendría que administrar. Prebisch señaló las bases de

ese proyecto en *El desarrollo de América Latina y algunos de sus principales problemas* (1949). La planificación debería restringir drásticamente las importaciones de bienes de consumo suntuario, movilizar las divisas de la exportación e impulsar las inversiones que contribuyeran a la mayor elevación de la producción y de la renta para generar los excedentes necesarios a la internacionalización de la industria. Al capital extranjero era atribuido un papel limitado —pues se partía de su relativa inmovilidad— pero importante para superar la escasez de divisas. La industrialización se desarrollaría en tres fases: la primera, la etapa fácil, en la cual se sustituirían las importaciones de bienes de consumo leves por las de maquinarias necesarias para su producción; la segunda, de sustitución de los bienes de consumo durables, y la tercera, en la que se buscaba internalizar la producción de bienes de capital mediante la importación de máquinas que crean máquinas.

Además de las tesis cepalinas, otras formulaciones del pensamiento nacional desarrollista ganaron importancia en la región.

Los partidos comunistas demostraron una gran debilidad en su capacidad de interpretar la realidad latinoamericana. Dentro de las líneas generales formuladas por la Tercera Internacional, se manejó, con pequeñas variaciones de conjetura, el esquema de una revolución democrático-burguesa a ser realizada en una formación social dominada por el imperialismo y el feudalismo. Se buscó una burguesía nacional revolucionaria cuya alianza con el proletariado eliminaría el latifundio, desarrollaría la industria, expandiría el consumo de masas e institucionalizaría la democracia.

Ya en los años veintes y treinta, esas tesis fueron criticadas por autores como José Carlos Mariátegui, que no veían fuerza en la burguesía nacional para la ruptura con el imperialismo y el latifundio. En los cuarenta y cincuenta, Sergio Bagú y Caio Prado Júnior formularon el concepto de *capitalismo colonial* para mostrar que nuestras burguesías no rompen radicalmente con el pasado colonial de las formaciones sociales, aunque organicen nuevas formas de dominación. Pablo González Casanova, en *La democracia en México* (1965), responsabilizó de la debilidad de la burguesía latinoamericana frente al imperialismo y las estructuras precapitalistas a la reproducción del colonialismo interno. Entre tanto, aceptó la posibilidad de que, bajo la dirección de la burguesía estatal y el apoyo proletario y campesino, se desarrollase un capitalismo nacional, apostando que declinaría más tarde, con la influencia de la teoría de la dependencia, en *Sociología de la explotación* (1969).

En el Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB) destacaron los trabajos de Guerreiro Ramos, Roland Corbisier, Álvaro Vieira Pinto, Nelson Werneck

Sodré, Hélio Jaguaribe, Cândido Mendes e Ignacio Rangel. Guerreiro Ramos, la expresión más radical del nacionalismo isebiano, propone la fundación de una "sociología de mangas de camisa", basada en la superación del subdesarrollo y la industrialización periférica a través de la "reducción sociológica" que recrearía conceptos formulados en otras realidades nacionales. Ya Hélio Jaguaribe, en el libro *El nacionalismo en la actualidad brasileña* (1958), defendió la distinción entre nacionalismo de fines y de medios, apoyando el primero. El nacionalismo de fines pretende el desarrollo y acepta utilizar los medios necesarios para alcanzarlo, sean ellos nacionales o no. Jaguaribe defendía el capital extranjero como instrumento de elevación del ahorro nacional y anticipaba su actuación en el financiamiento a la importación de maquinarias, en la producción de materias primas y en la generación de partes y componentes para la exportación.

Rumbos divergentes

A partir de mediados de la década de 1950, las divisas obtenidas con la exportación se mostraron insuficientes para financiar el paso a la segunda etapa de la sustitución de importaciones. Ésta se hizo con inversiones del capital extranjero que asumió el control de los principales segmentos de la industria de bienes de consumo duraderos de los países latinoamericanos. Aunque tesis como la de Jaguaribe reflexionan en esta realidad, el nacional-desarrollismo no hizo una reflexión más profunda sobre los fracasos del modelo hasta que una nueva crisis de la balanza de pagos alcanzase a la región en los sesentas. Las revisiones entonces surgieron en los escritos de Prebisch, Furtado, Aníbal Pinto y María da Conceição Tavares, apuntando a diagnósticos y soluciones no siempre convergentes.

Prebisch publicó *Para una dinámica del desarrollo latinoamericano* (1963) y *Para una política comercial en pro del desarrollo* (1964), en los cuales destaca la reducción significativa de tasas de crecimiento del ingreso *per capita* de la región en función de la existencia de estrangulamientos internos y externos para el desarrollo. Entre los primeros estaba el desempleo estructural que la industrialización sustitutiva no revirtió ni amplió, por apoyarse en tecnología elaborada en los grandes centros basada en la economía de mano de obra. Su superación exigiría la elevación de la tasa de inversión mediante el impuesto del consumo suntuario y la reforma agraria, tema descuidado por la CEPAL en los cincuentas. Esas medidas distribuían la renta creando un círculo virtuoso entre la generación del empleo, la alta propensión a consumir de las clases populares y la inversión. El estrangulamiento externo tendría su fundamento en el avance del deterioro de los términos de intercambio, en el pro-

teccionismo de los países centrales y en la preservación de una estructura exportadora primaria con baja elasticidad de demanda en el mercado internacional. Su solución implicaría un amplio conjunto de medidas: diversificar las exportaciones para otras regiones, impulsar la integración comercial latinoamericana, incorporar productos manufacturados a la lista exportadora, organizar fondos internacionales de defensa de los precios de los productos primarios y aceptar el ingreso del capital extranjero, aunque de manera transitoria, para solucionar la escasez de divisas.

Aníbal Pinto desarrolló una visión de la crisis similar a la de Prebisch en *Concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano* (1965). Ahí señala el debilitamiento de la industrialización periférica y busca en la distribución de la renta la reanudación de su dinamismo. Introduce el concepto de heterogeneidad estructural para ilustrar la reproducción del esquema centro-periferia en el interior de las sociedades periféricas. El monopolio de la productividad crea un segmento moderno en la industria, la agricultura y los servicios que tiende al rentismo, al apropiarse, a partir de su diferencial de productividad y articulación con el Estado, de las rentas de las demás clases de la sociedad. El mercado interno choca con la introducción de nuevas escalas tecnológicas. Para retomar la vitalidad de la acumulación, Pinto indica el camino paradójico de la distribución de la renta por el Estado a favor de los polos atrasados y en detrimento del polo moderno de la economía periférica.

Furtado presentó una visión mucho más escéptica sobre los *impasses* de la sustitución de importaciones y del capitalismo periférico. Para él, la incapacidad de la industrialización sustitutiva para solucionar la cuestión del desempleo condujo a su fracaso. El resultado es la concentración de la renta, la profundización del deterioro de los términos de intercambio y el estancamiento productivo del capitalismo periférico, en razón de la insuficiencia de divisas y de la descompensación entre las escalas productivas y los reducidos mercados internos, como el autor defendió en *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina* (1966) y en *Teoría y práctica del desarrollo económico* (1967).

En el texto *De la sustitución de importaciones al capitalismo financiero* (1964), Maria da Conceição Tavares señala el agotamiento del nacional-desarrollismo desde 1954. Para profundizar la sustitución de importaciones en dirección a los bienes de consumo duraderos y de capital eran necesarios la formación de altas tasas de capital —solamente viables con el ingreso sustancial y no más temporal del capital extranjero— y el aumento del poder de compra de las exportaciones. La mayoría de las relaciones de intercambio dependía de una reforma agraria que absorbiese el excedente de mano de obra rural y urbana, y de la incorporación de productos manufacturados en la lista de exportaciones. Aún

sería esencial la integración comercial de la región para elevar la demanda internacional de los productos de exportación y reducir las importaciones.

Variantes

Las limitaciones para combinar bajo el comando del capital extranjero el dinamismo de la sustitución de importaciones con reformas sociales abrirán espacio para el pensamiento liberal, que absorbió parcialmente categorías del nacional-desarrollismo como el deterioro de los términos de intercambio, la planeación estatal, la necesidad de la industrialización y los aspectos estructurales de la inflación. Para los neoliberales de esa generación, la intervención del Estado no se hacía sólo en el plano económico sino también en el político, lo que los aproximaba al autoritarismo y al fascismo. Los principales autores de ese enfoque fueron, en el ámbito económico, Roberto Campos y, en el político, Golbery do Couto y Silva.

La mayor preocupación económica de ese neoliberalismo era la inflación, cuyas principales causas serían la presión de las masas para consumir en los países subdesarrollados y principalmente la intervención “populista” de las políticas gubernamentales de sustitución de importaciones, expresada en el control de precios o en la expansión descontrolada del crédito. Para combatir la inflación, se proponía una amplia apertura al capital extranjero, al cual se atribuía mayor movilidad. Éste elevaría el ahorro nacional y las tasas de inversión, reduciría la necesidad de intervención productiva del Estado en los puntos de estrangulamiento (energía y transportes) y atendería en la medida de lo posible las presiones de consumo de las masas. Las contradicciones entre las inversiones extranjeras y la demanda de consumo popular serían resueltas por la intervención del Estado sobre los salarios. Los obstáculos políticos serían superados apelando a la Doctrina de Seguridad Nacional, desarrollada en la Escuela Superior de Guerra, bajo los auspicios del *War College*. Ésta colocaba, entre sus objetivos nacionales permanentes, una versión restringida de democracia liberal —que excluía a los partidos socialistas y comunistas—, pero se admitía su supresión cuando se consideraba que el poder nacional y su compromiso con el Occidente —en el marco de la Guerra Fría entre los bloques occidental y oriental— estaban siendo amenazados internamente por la “penetración ideológica subversiva”. Para garantizar el alineamiento con Estados Unidos, Golbery defiende el ejercicio de un papel activo de Brasil para garantizar las “fronteras ideológicas” de América del Sur y África.

El capitalismo latinoamericano seguía distintos caminos a los previstos por las teorías del desarrollo. Expresando ese “desvío”, Gino Germani y José Me-

dina Echavarría desarrollaron una sociología de la modernización que escapó a los límites del enfoque estadounidense de Walt Rostow y Bertz Hoselitz, de donde partía. Tal enfoque propone una secuencia rígida para la modernización de las sociedades tradicionales que culminaban en una sociedad liberal de consumo y democracia de masas. La modernización debería implicar el desarrollo económico autosustentado, cuya mayor expresión eran la industrialización, el desarrollo político —caracterizado por el liberalismo político y la gestión técnica del Estado— y la modernización social, expresada en la mayor movilidad y reducción de las diferencias sociales.

Germani sobrepasó ese modelo y buscó en la historia de América Latina el diseño específico de su modernización. En *Política y sociedad en una época de transición* (1962), afirma que los países de desarrollo tardío —posterior a la revolución industrial en los grandes centros— aceleraron la modernización económica y produjeron una fuerte contradicción entre la movilización necesaria al cambio social y los mecanismos de integración que la institucionalizaron. La movilización se desarrolla de forma vertiginosa en una estructura arcaica que se moderniza y tiende a restringir los mecanismos de movilidad social. El resultado fue que se crearon obstáculos para realizar plenamente la transición de las democracias oligárquicas a las democracias representativas con participación total. Las revoluciones nacionales populares surgieron como la alternativa para ampliar los mecanismos de integración social. Éstas, confrontadas con las estructuras tradicionales, desarrollan la libertad en el ámbito de la vida concreta e inmediata de los individuos, como las relaciones de trabajo, pero restringen el ámbito de la vida pública al utilizar la manipulación como instrumento de control de masas. Para Germani, el peronismo fue la principal expresión de esos regímenes. No obstante, éste no logró crear una alternativa estable de modernización social y económica.

Un balance de las teorías del desarrollo muestra que éstas no consiguieron situar de manera adecuada la originalidad de las formaciones sociales latinoamericanas, dirigir su transformación o prever sus resultados. En el nacional-desarrollismo se construyeron categorías que describieron algunas de sus características económicas, como el deterioro de los términos de intercambio y el intercambio desigual, explicando en forma errónea sus determinantes y su funcionamiento. Su reformulación en la dirección da mayor participación al capital extranjero y a las reformas sociales que revelaron una incompreensión de los procesos de internacionalización del capital en sociedades dependientes. A su vez, la nueva versión del liberalismo, que compartía importantes aspectos con el nacional-desarrollismo —entre ellos la visión del capital extranjero como un ahorro externo que contribuía para la formación de capital y la autonomía de América Latina—, presentaba claras limitaciones. La principal estaba en el

hecho de que su énfasis en las restricciones a la demanda como pilar del desarrollo no explicaba la distribución de renta menos concentrada y las políticas de pleno empleo en los países centrales. Finalmente, las teorías de la modernización acentuaron demasiado la fuerza de las estructuras tradicionales como factor de bloqueo del desarrollo, sin percibir que éstas se articulaban con el dinamismo de la dependencia para crear una forma específica de modernización capitalista.

Las teorías de la dependencia

La crisis del modelo de sustitución de importaciones asociada al liderazgo de la inversión directa extranjera, que se manifestó entre 1962 y 1967, y el ascenso de los movimientos de masas que la acompañó, contribuyeron a la hegemonía de las teorías de la dependencia. Formuladas entre 1964 y 1973, mantuvieron gran influencia hasta fines de los años setentas, cuando se afirmó, con apoyo norteamericano, el liderazgo liberal conservador en los procesos de redemocratización de la región.

El nuevo paradigma significó un salto en la comprensión de la realidad latinoamericana y mundial. En tanto las teorías del desarrollo y el liberalismo veían la economía mundial como un agregado de economías nacionales independientes que se relacionaban entre sí principalmente por el comercio, las teorías de la dependencia rompieron con ese nacionalismo metodológico al afirmar que la economía mundial era la realidad dominante en el desarrollo del capitalismo. Éste establece una división internacional del trabajo jerarquizada que articula clases y fracciones sociales pertenecientes a diversas entidades jurídico-políticas y las condiciona a su expansión. Tal condicionamiento no es una imposición externa ni se realiza sin contradicciones, está limitado por la economía mundial basándose en instancias nacionales de decisión que no obstante, no controlan plenamente su expansión, pues su fundamento es la búsqueda de grandes ganancias que mueve el capitalismo y establece la convergencia de intereses entre las principales expresiones de las burguesías, tanto nacionales como internacionales.

La expansión de la economía mundial capitalista está determinada por el desarrollo de los monopolios tecnológicos, financieros y comerciales en los países centrales. Los países dependientes son objeto de esta expansión y se ajustan a ella. Mientras las decisiones de las clases dominantes de los países centrales tienen gran importancia para determinar las direcciones de expansión de la economía mundial, las clases dominantes de los países dependientes tienden apenas a responder afirmativamente a esos condicionamientos. El Estado

nacional es utilizado por las burguesías dependientes como un instrumento de negociación para obtener mejores condiciones de inserción internacional.

La dependencia significa la existencia de una estructura económica, política, social e ideológica que es simultáneamente nacional, internacional y específica. Su reproducción no lleva a la convergencia con los patrones de desarrollo de los países centrales sino a la construcción de un proceso histórico original en el ámbito del capitalismo mundial. El subdesarrollo en América Latina expresa una trayectoria subordinada a una economía mundial jerarquizada. Lo interno y lo externo se articulan en la reproducción del fenómeno de la dependencia. La modernización no significa ruptura radical con el pasado, pero sí un ajuste al desarrollo de la economía mundial y a la división internacional del trabajo, en la cual los países dependientes y centrales están integrados y desempeñan papeles complementarios.

Las teorías de la dependencia abandonaron la tesis de *un modelo nacional de capitalismo* al ser internalizado, y buscaron originalidad en una forma específica de inserción a nivel mundial que constituyó y es constituida por el capitalismo. Pero esa convergencia inicial dio lugar a importantes divergencias en su ámbito, referentes a cómo se posicionaba políticamente frente al capitalismo dependiente. Se establecieron dos grandes visiones: la weberiana por Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, y la marxista, por Theotônio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Vânia Bambirra y Orlando Caputo. La primera teorizó la dependencia para aceptarla como el patrón de desarrollo y dominación de las sociedades latinoamericanas y la segunda, latinoamericanista, para buscar su superación.

Para Cardoso y Faletto, la dependencia es el paradigma de desarrollo de los países de la región. *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1969), la mayor expresión de ese enfoque, fue en contra de las interpretaciones nacionalistas y socialistas del capitalismo latinoamericano; pues éstas vieron en el capital extranjero un obstáculo al desarrollo, en particular a la industrialización, y buscaron en la burguesía nacional, en su asociación al Estado o en el proletariado, las fuentes de la superación del bloqueo.

Según los autores era necesario diferenciar la vieja dominación imperialista, analizada por Lenin, de la nueva dependencia, establecida por el capital extranjero en la posguerra. Ésta se volcaba hacia la internacionalización del mercado interno y diferenciaba las formas políticas de dominación de las económicas, permitiendo a aquéllas la soberanía formal y mayor capacidad de negociación internacional. En el ámbito económico, el capital extranjero se solidarizaba con la expansión del mercado interno. Mientras, en el viejo impe-

rialismo, el equilibrio de la balanza de pagos era amenazado por las remesas de utilidades, pagos de intereses, servicios técnicos y *royalties* que superaban los ingresos; en la *nueva dependencia* esa descapitalización es más que compensada por la dependencia financiera internacional que moviliza los excedentes de capital en los países centrales para el mercado interno de los países dependientes, posibilitando el desarrollo dependiente.

Los lazos financieros, tecnológicos y comerciales del capitalismo dependiente lo ligan a la economía mundial sin conducir al dominio de la burguesía nacional y del Estado sobre la acumulación. Es un capitalismo dinámico, aunque implique un grado mayor de concentración de la riqueza y de la desigualdad. En el ámbito político, tiende a desarrollarse en la democracia burguesa. El nacionalismo y el socialismo, al contrario, aunque se ocupan de generar mayor igualdad, conducen al estancamiento, al estatismo y al autoritarismo, debiendo ser descartados como alternativa a la dependencia.

La asociación entre las dictaduras y la *nueva dependencia* de los años sesentas y setentas fue explicada por los autores en función de los excesos de distribución de los regímenes populistas que amenazaban la acumulación llevando al gran capital a buscar en el autoritarismo una solución para defenderla. A su vez, la redemocratización desarrollada en los ochentas fue vista, principalmente por Cardoso, como la adquisición o restauración del capitalismo dependiente maduro de su normalidad política. Ésta se revela capaz de proporcionar a la burguesía el ejercicio de la dependencia negociada, por medio de la cual establece el protagonismo de la acumulación y atiende las moderadas presiones sociales y nacionales para participar de sus resultados.

La visión marxista de la dependencia recibió gran influencia del latinoamericanismo de la década de 1920, expresado en Mariátegui o Ramiro Guerra, y del pensamiento de Paul Baran y André Gunder Frank, en los años cincuentas y sesentas. Ahí se destacaban la descapitalización que el capital monopólico extranjero ejercía sobre los países periféricos, la articulación de éste con una burguesía local, compradora, latifundista y enfocada a la exportación, o la debilidad de esa clase para romper con el imperialismo, liderar la industrialización y el desarrollo, lo que pasaría a ser tarea del proletariado con el establecimiento del socialismo. Pero esa visión presentaba limitaciones para el pleno desarrollo del enfoque de la dependencia. Lo principal era olvidar la dimensión competitiva del monopolio capitalista resultando en una presencia estática de la relación entre lo externo e interno que constituía la dependencia, lo que impidió la construcción de una teoría del capitalismo dependiente. El dilema entre socialismo y desarrollo, por un lado, y capitalismo y estancamiento por otro, se mostraba erróneo para situar la problemática latinoamericana.

En las obras de Theotônio dos Santos y Ruy Mauro Marini el enfoque de la dependencia alcanzó madurez. Ellos establecieron una teoría del capitalismo dependiente capaz de ofrecer una visión dinámica de las relaciones de poder internas y externas que la constituyen. Reafirmaron la tesis de Baran y Frank del papel descapitalizador del capital extranjero en los países dependientes, pero la ampliaron al mostrar que éste derivaba de la competencia monopólica: los monopolios compiten entre sí y sólo obtienen éxito y amplían la masa de plusvalía de que se apropian si presentan dinamismo tecnológico. Los países dependientes, al ser objeto de esa competencia, se incorporan a la división internacional en una especialización productiva que los inferioriza.

Dos Santos y Marini destacan las especificidades del proceso de acumulación en el capitalismo dependiente. Su fundamento es la búsqueda de grandes ganancias que impulsa a las burguesías periféricas a comprometerse con los monopolios internacionales. Al asociarse a las bases tecnológicas, financieras, comerciales e institucionales, ellas superan los límites endógenos de su capacidad de acumulación y asumen una condición monopólica en el ámbito de sus segmentos productivos de actuación y de sus Estados nacionales. Entre tanto, eso implica una importante contradicción: la plusvalía extraordinaria asume un aspecto central en el capitalismo dependiente, pero el hecho de basarse en tecnología extranjera acarrea transferencias de plusvalía para el exterior.

La plusvalía extraordinaria implica el aumento de la plusvalía apropiada por el capitalista individual sin el aumento de la tasa de plusvalía media en el sector productivo. El capitalista individual reduce el valor individual de la mercancía que produce y mantiene su valor social. Pero la elevación de la productividad generada por la absorción de la tecnología extranjera tiende a desvalorizar los productos de los países dependientes en el mercado internacional, donde no representan un monopolio tecnológico, y profundizan el deterioro de los términos de intercambio. El resultado es la caída de la tasa de la plusvalía y de ganancia en el ramo, tanto como la supresión de la plusvalía extraordinaria, lo que provoca la crisis de la economía exportadora que mueve las primeras etapas del capitalismo dependiente.

Las alternativas para el restablecimiento de la plusvalía extraordinaria y de la tasa media de ganancia que impulsan la acumulación de capital y el progreso técnico son la mayor explotación del trabajador, con ello se recuperan las tasas de plusvalía de la economía exportadora o el desplazamiento de la realización de mercancías para el interior de la economía dependiente, buscando allí una fuente sustentable de plusvalía extraordinaria. El desplazamiento se hace para los sectores productores de bienes de consumo suntuarios, los más adecuados para sustentar la reducción del valor individual de las mercancías

independientemente de su valor social, y ejercer, en razón del mayor dinamismo de su demanda, una ganancia extraordinaria que en su beneficio actúa sobre el conjunto de la economía periférica. Pero ese movimiento no se puede separar de la mayor explotación del trabajo que sustenta la economía exportadora, y antes la refuerza en las formaciones sociales dependientes. Eso porque la plusvalía extraordinaria disminuye las tasas de plusvalía en el segmento de bienes salario; y el sector de bienes de consumo suntuario financia, por esa depreciación, la transferencia para la economía mundial de las divisas necesarias para internalizar el progreso técnico que sustenta su liderazgo en la economía dependiente.

Las caídas de las tasas globales de la plusvalía y de ganancia en función de esa transferencia y de la fijación interna de la plusvalía extraordinaria, que fundamentan el capitalismo dependiente, lo llevan a basarse en la superexplotación del trabajo para neutralizarlas total o parcialmente. Eso significa una caída de los precios de la fuerza de trabajo debajo de su valor por medio de tres mecanismos: la extensión de la jornada de trabajo o la elevación de la intensidad del trabajo, ambas sin el aumento equivalente de la remuneración que corresponda al mayor desgaste de la fuerza de trabajo, y la reducción salarial. Sería posible agregar también el aumento del valor de la fuerza de trabajo, vía calificación, sin el aumento correspondiente del salario. Esas tesis fueron expuestas sobre todo por Marini. De sus trabajos se destaca un conjunto que constituye el núcleo de la economía política de la dependencia: *Dialéctica de la dependencia* (1973), *El ciclo del capital en la economía dependiente* (1978) y *Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital* (1979).

Los debates e impactos de las teorías de la dependencia

Algunas discusiones asociadas a las teorías de la dependencia focalizaron la inestabilidad política y la falta de legitimidad del capitalismo dependiente. La sucesión de golpes militares en América del Sur fue vista como expresión de esa inestabilidad. Ella destruyó el movimiento popular que se desarrolló a partir de la experiencia democrática de la posguerra y dio lugar a *Estados de contrainsurgencia*, como los denominó Marini, o a los *Estados fascistas en condiciones de dependencia*, como los calificó Theotônio dos Santos.

En *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano* (1978), Dos Santos distingue Estado fascista y movimiento fascista. El primero es un régimen de terror del gran capital y somete al segundo, de origen pequeño burgués, en el cual se apoya. En los países dependientes esa sumisión implica desbaratar el movimiento fascista en razón de las

contradicciones entre la dinámica nacionalista y la base social del Estado: el capital extranjero y la burguesía asociada. El fascismo dependiente no creó un partido político propio, permaneció limitado en su ofensiva ideológica por su bajo grado de legitimidad, y se basó en el control del Estado por las Fuerzas Armadas. La relación del gran capital con ese fascismo es dialéctica. Una vez cumplida la tarea de destruir al movimiento popular, la centralización del poder estatal que el terror exige entra en contradicción con la desnacionalización del poder económico, impulsando el nacionalismo sobre la forma de capitalismo de Estado. Ese proceso lleva a la burguesía dependiente a apoyar una redemocratización restringida, pero su limitación ideológica permite al movimiento popular tomar la delantera y ampliarla. Sobre la restauración democrática pesa el mismo dilema que la confrontó en la posguerra: avanzar en dirección al socialismo o debilitarse y abrir espacio al fascismo.

Para los teóricos marxistas de la dependencia el socialismo, al romper con la dependencia, debe eliminar la superexplotación del trabajo y la pobreza, pero su gran desafío es el de superar la condición periférica. Para eso tiene que conjugar la preservación de la soberanía nacional y regional con la inserción en la economía mundial comandada por el capitalismo.

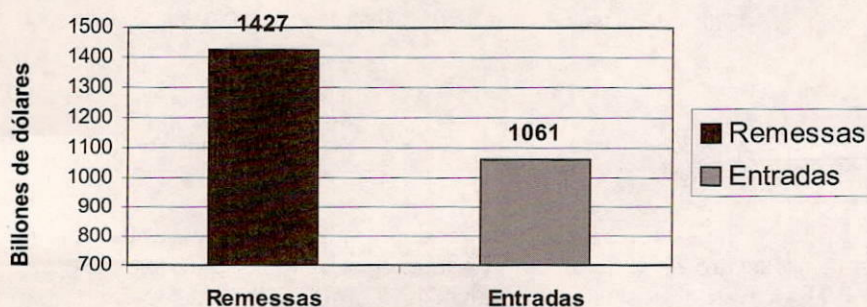
Las diferencias entre los creadores de las dos grandes vertientes de la teoría de la dependencia dieron lugar a polémicas contundentes. *Las desventuras de la dialéctica de la dependencia* (1978), de Fernando Henrique Cardoso y José Serra, y *Las razones del neodesarrollismo*, la respuesta de Marini, publicada en el mismo año, marcaron su auge. Una evaluación contemporánea de esas discusiones permite destacar algunos aspectos importantes.

Cardoso y Faletto sobreestimaron la expansión de la demanda interna de los países periféricos y del financiamiento externo para neutralizar las salidas de capital y conciliar dependencia y desarrollo. De 1956 a 2004 se registraron salidas de aproximadamente mil 427 billones de dólares e ingresos de mil 61 billones de dólares con una tasa de ganancia de 34 por ciento para los propietarios no residentes (ver gráfica 1). Y los siguientes movimientos cíclicos: de entradas, 1956 a 1960, 1968 a 1981 y 1991 a 1998, y de salidas, 1961 a 1967, 1982 a 1990 y 1999 a 2004 (ver gráfica 2).

Eso subraya la relevancia de las tesis de Theotônio dos Santos, en *Dependencia y cambio social* (1972) e *Imperialismo y dependencia* (1978), y de Orlando Caputo y Roberto Pizarro en *Dependencia y relaciones internacionales* (1973). Ellos demostraron que los movimientos de salidas de capital superaron cíclicamente las entradas por medio de diversos mecanismos: remesas de ganancias, pago de intereses, servicios de la deuda, etcétera. El capital circu-

la en busca de ganancia y concentra sus inversiones en los puntos que le pueden proporcionar liderazgo tecnológico y plusvalía extraordinaria en la economía global. Las entradas de capital en América Latina son limitadas por el deterioro de los términos de intercambio, que baja la tasa de ganancia, y por la superexplotación del trabajo, que restringe la demanda interna. Una vez alcanzados estos límites se generaron periodos de salida de divisas que sobrepasaron por mucho las entradas.

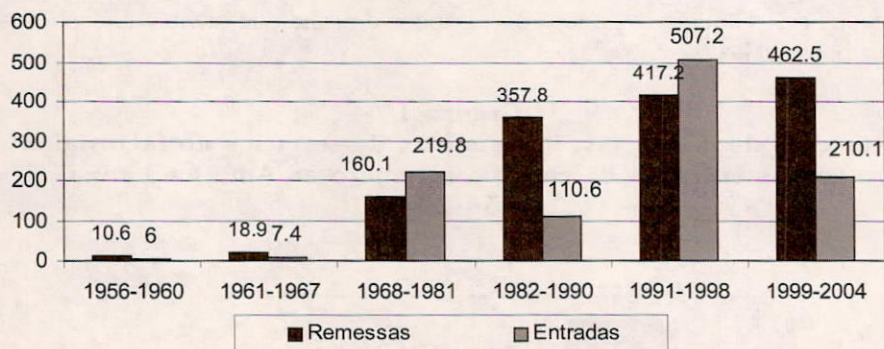
Gráfica 1
Remesas de ganancias, impuestos y de servicios no factoriales
versus entradas de capital extranjero en América Latina
(1956-2004)



Fuente: Elaborado por el autor a partir de anuarios estadísticos de la CEPAL (1986, 1992 y 2005). Se excluyen viajes de servicios no factoriales.

En segundo lugar, la descapitalización a la que son sometidos los países dependientes implica el crecimiento exponencial de la deuda externa y destinar partes crecientes de los nuevos ciclos de entrada de capital al financiamiento de los déficits anteriores de la balanza de pagos. Eso acarrea la pérdida de calidad productiva del ingreso de capital y conduce a lo que Dos Santos llama la tendencia al estancamiento relativo del capitalismo dependiente. Esa tesis no afirma la capacidad para industrializarse y crecer, pero sí, como resultado de ese crecimiento, la dependencia trae un crecimiento de sobrecarga financiera cuyos efectos depresivos sobre la tasa de ganancia apenas serán neutralizados con la profundización de la superexplotación. La historia latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX es ilustrativa a ese respecto. A partir de 1982, América Latina cambió su nivel de egresos financieros y redujo el dinamismo del peso relativo de su PIB *per capita* en la economía mundial a niveles anteriores a los de la sustitución de importaciones.

Gráfica 2
Remesas de ganancias, impuestos y de servicios no factoriales
versus entradas de capital extranjero en América Latina
(1956-2004)



Fuente: Elaborado por el autor a partir de anuarios estadísticos de la CEPAL (1986, 1992 y 2005). Se excluyen viajes de servicios no factoriales.

En tercer lugar, los procesos de redemocratización en el capitalismo dependiente no llevaron a la reducción de la exclusión social y de la pobreza ni a la generalización de la plusvalía relativa. La combinación que los acompañó de elevación de la intensidad del trabajo, aumento de la cualificación, regresión salarial y precarización de los trabajadores, indica la profundización de la superexplotación en América Latina. La democratización no tiene bases sólidas. La imposición del neoliberalismo, en la década de 1990, dio lugar a una brutal centralización del poder institucional en el Ejecutivo, cuya mayor expresión fue la dictadura de Alberto Fujimori en Perú. A finales de la década, la pérdida de la legitimidad neoliberal amenazó la estabilidad institucional. Si el poder popular avanza ocurren tentativas de golpe apoyadas por el imperialismo; los casos de Venezuela de Hugo Chávez, de Bolivia de Evo Morales y de Manuel Zelaya en Honduras son ilustrativos.

La influencia del latinoamericanismo y de la teoría de la dependencia se hace sentir sobre los más diversos campos de las ciencias sociales y de la cultura latinoamericana, alcanzando a los países centrales.

En la antropología destaca la obra de Darcy Ribeiro. En libros como *El proceso civilizatorio* (1968), *Las Américas y la civilización* (1969) o *El dilema de América Latina* (1971), Ribeiro sitúa la identidad de los distintos pueblos

latinoamericanos en su condición de "proletariado externo" de los centros del capitalismo mundial, e inserta la trayectoria de esos pueblos en las diferentes etapas de desarrollo de la civilización occidental: las revoluciones mercantil, industrial y postindustrial.

En la sociología, Aníbal Quijano articula modernidad y marginalidad como parte de un mismo proceso de expansión histórica. A su vez, Florestan Fernandes, sobre todo en *Revolución burguesa en Brasil* (1974), recurre a la dependencia para la teorización de un capitalismo *sui generis* en el cual la herencia colonial tiene un gran peso. Octavio Ianni, su principal discípulo, amplía esos análisis. En México destaca la obra de Pablo González Casanova.

En la ciencia política se desarrollan las teorías de transición al socialismo bajo el ímpetu de la radicalización social en la región, en particular en Chile. Se destacan las discusiones sobre la naturaleza del poder dual polarizadas por Sergio Ramos y Ruy Mauro Marini. Éste señala en la dualidad de poderes un proceso revolucionario que sobrepasa y supera al Estado burgués al someter a sus instituciones a los intereses de las organizaciones populares. Ramos, expresando el pensamiento de la Unidad Popular, se preocupa por la representación de la dualidad de poderes para acomodarla en el interior del Estado burgués.

En la religión se elabora la teología de la liberación que, en las obras de Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff y Enrique Dussel, toma la teoría de la dependencia como base para situar la problemática del humanismo cristiano frente a la coyuntura latinoamericana. Esa teología propone que se inicie, en este mundo, por la praxis de los pobres y oprimidos, la concretización de las esperanzas del Reino de Dios, cuya construcción exige la liquidación de las estructuras del pecado social que generan pobreza y riqueza.

En la educación destaca Paulo Freire, que propone la pedagogía y la creación del saber como obras colectivas y recíprocas de educadores y educandos. En la filosofía, Leopoldo Zea desarrolla, a fines de los años sesentas, su filosofía de la liberación latinoamericana. En la geografía, Milton Santos afirma su obra y Amílcar Herrera recurre a la teoría de la dependencia, en los inicios de los setentas, para esbozar la noción de sistemas de ciencia y tecnología.

En los países centrales, la teoría de la dependencia fue la base para la elaboración de los análisis del sistema-mundo desarrollados por Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi y Terence Hopkins, en el Fernand Braudel Center y, fuera de él, por Samir Amin y André Gunder Frank.

Del endogenismo al neodesarrollismo

La crisis de las teorías de la dependencia se vinculó a las derrotas del movimiento socialista en los años setentas, que restringieron los enfrentamientos con el imperialismo. Surgió entonces el endogenismo. Éste acusó al paradigma anterior de contaminar los análisis de clase con el concepto de nación, despreciar la lucha de clases y las determinaciones internas a favor de las externas. Sus planteamientos principales pueden encontrarse en los trabajos de Francisco Weffort, Agustín Cueva, Ciro Flamarion Cardoso y Carlos Sempat Assadourian.

El endogenismo enfatiza el concepto de articulación de modos de producción. En una formación social existen diversos modos de producción que se articulan para conformar una totalidad social y le confieren particularidad. La especificidad de América Latina y de su capitalismo *sui generis* será buscada en esta articulación interna. Entretanto, en varios textos, la visión del modo de producción se restringe a los aspectos económicos apartados de la dimensión superestructural que los dirige, en particular el Estado. Un ejemplo es el concepto de *modo de producción colonial* de Ciro Flamarion Cardoso que al definirlo ignora la subordinación de las instituciones coloniales a la metrópoli.

Aislando lo interno de su articulación a lo externo en retrocesos metodológicos significativos, las críticas endogenistas prepararon el terreno para el despunte del neodesarrollismo. Éste retomó la problemática de la industrialización articulándola con la democratización del Estado. La democracia es vista, inicialmente, como condición para atender las demandas sociales y después para el propio éxito de la industrialización, invirtiendo la lógica inicial del pensamiento desarrollista. Sus principales autores son Maria da Conceição Tavares, Aníbal Pinto, Jorge Garcíarena, Fernando Fanjzylber, Raúl Prebisch, Celso Furtado, João Manuel Cardoso de Mello y José Luis Fiori.

Para el neodesarrollismo es central el concepto de *estilos de desarrollismo* formulado por Aníbal Pinto y Jorge Garcíarena. Ellos concilian en un concepto unificado las dimensiones económicas y sociales del desarrollo analizadas respectivamente por la CEPAL y por el ILPES, fundado bajo su inspiración. Uno de sus principales antecedentes fue el texto de Maria da Conceição Tavares y José Serra, *Más allá del estancamiento* (1971). Allí se confirma el *círculo de causalidad acumulativa* entre los patrones de desarrollo económicos y sociales, superándose la tesis de que los primeros llevarían necesariamente a la reducción de las desigualdades. El desarrollo se funda en fuerzas sociales y políticas y, de acuerdo con su composición, ocurren distintos impactos en la distribución de la renta y la reducción de la pobreza.

Se pueden distinguir dos ejes básicos de interés del neodesarrollismo: demostrar la viabilidad del desarrollo en condiciones de desigualdad social y reformular el estilo del desarrollo. El primero enfatiza el dinamismo de la demanda interna y su capacidad para arrastrar consigo un patrón de financiamiento internacional. Maria da Conceição Tavares en *Acumulación de capital e industrialización en Brasil* (1974) y en *Ciclo y crisis: el movimiento reciente de la industrialización brasileña* (1978), y João Manuel Cardoso de Mello en *El capitalismo tardío* (1975), destacaron, bajo inspiración kaleckiana, la capacidad del sector de bienes de capital de la economía brasileña, a partir de finales de los cincuentas, de crear endógenamente la demanda y superar los estrangulamientos de la balanza de pagos. El consumo suntuario impulsa el sector de bienes de consumo duraderos y desvincula la realización de las mercancías de la distribución de renta. El financiamiento del consumo por el capital financiero, garantizado por la expansión industrial, alcanza a los más pobres, que se benefician con más lentitud de esa expansión. La crisis económica y la eclosión de la deuda externa en la década de los ochentas colocaron en peligro ese pensamiento, a pesar de la tentativa de Antonio Barros de Castro, reorientándolo a afirmar, en *La economía brasileña bajo marcha forzada* (1985), la madurez tecnológica de la economía brasileña y su capacidad de generar saldos comerciales para financiar la deuda externa y su crecimiento.

La preocupación en reformular los estilos de desarrollo está presente en los trabajos de Fernando Fanjzylber y Prebisch de los años ochentas, que se basaron en la teoría de la dependencia en una versión radicalizada de socialdemocracia. Los autores señalan que la condición periférica y la desigualdad no impiden el desarrollo, pero lo limitan y le confieren características particulares. Fanjzylber destaca en *La industrialización trunca de América Latina* (1983) y en *Industrialización de América Latina: de la caja negra al casillero vacío* (1990), que la debilidad del empresariado latinoamericano no conduce a la creación de un núcleo nacional productivo financiero generador de las bases tecnológicas de su expansión nacional e internacional. El resultado es el proteccionismo frívolo —a partir del cual el empresariado local se apoya en el Estado para practicar elevaciones de precios y el rentismo—, la penetración de las empresas multinacionales en los espacios nacionales y la limitación del segmento de bienes de capital, generador de encadenamientos tecnológicos, en nuestra industrialización. La corrección de ese estilo de desarrollo no estaría en la apertura a la competencia internacional, que destruiría las precarias bases empresariales locales, sino en la ampliación de las alianzas sociales y políticas que sustentan la industrialización y en el desplazamiento de su centro de gravedad para los sectores sociales mayoritarios, creándose el encadenamiento virtuoso: equidad, austeridad, crecimiento y competitividad. En una concepción

semejante, Prebisch propone, en *Capitalismo periférico: crisis y transformación* (1981), una síntesis entre el socialismo y el liberalismo económico para superar las debilidades del capitalismo periférico. Un sesgo más conservador de corrección de los estilos de desarrollo es defendido por José Luis Fiori, en *El vuelo de la lechuza* (1984), o Maria da Conceição Tavares en sus escritos de los años ochentas, donde señalan la construcción de un capitalismo democrático, monopólico y centralizado, capaz de crear un patrón endógeno de financiamiento que lleve al protagonismo de un empresariado neo-shumpeteriano dedicado a la modernización social y tecnológica.

El neogramscianismo

Otra expresión del aislamiento interno es el pensamiento neogramsciano impulsado en la región por la combinación de la derrota de la izquierda revolucionaria, la crisis económica y la redemocratización. Éste describe, a partir de lo que llama de occidente, la democracia como valor universal, e inscribe la lucha política en los marcos de la legalidad. Sus principales autores son Juan Carlos Portantiero, Carlos Nelson Coutinho, Carlos Pereira y Luiz Werneck Vianna. América Latina es dividida en dos grandes unidades: el occidente tardío que se asemeja a Europa mediterránea, constituido por los países que avanzaron en la industrialización y en la diferenciación de las estructuras de clases (Brasil, México, Argentina, Uruguay y Venezuela), y por otra parte no occidental, constituida por sociedades agrarias. Si en ellas las luchas nacionales populares prevalecen, en el occidente tardío estarían subordinadas a la confrontación democrática. La democracia se torna el espacio condicionante de las contradicciones entre la burguesía y el proletariado o entre el imperialismo y la cuestión nacional. A través de ella puede restaurarlas y superarlas en un juego de guerra de posiciones dirigido por un bloque histórico bajo el comando del proletariado y sus intelectuales orgánicos. El esfuerzo principal debe ser el de desarrollar la autonomía de la sociedad civil y sus articulaciones con el Estado para garantizar la expresión, sin interrupciones, de la acumulación gradual de las fuerzas socialistas. La revolución se expresaría en un proceso acumulativo de reformas en el ámbito de la legalidad de los espacios nacionales.

El neogramscismo realiza una interpretación particular del teórico marxista italiano al valorizar unilateralmente la dimensión consensual de la hegemonía y la guerra de posición. Para Gramsci, aquélla también se constituye por la coerción y exige, como contrapartida, la guerra de movimiento para las luchas sociales. Más que una oposición entre las guerras de posición y de movimiento que respalde una sólida continuidad democrática, lo que parece desarrollarse en las naciones capitalistas industrializadas es una forma específica de complemen-

riedad, que no elimina la insurrección como una dimensión importante de las luchas político-ideológicas.

A finales de los ochentas, la incapacidad de los neodesarrollistas y neogramscianos en articular avances democráticos y desarrollo económico abrió espacio para el neoliberalismo, que restringió el desarrollo político a favor de los intereses del capital.

El neoliberalismo y la década de los noventas

El fracaso del pensamiento socialdemócrata tiene su raíz en la tolerancia a la hegemonía de Estados Unidos. La crisis de esta hegemonía en la región se manifestó en los años sesentas con la sustitución de las democracias por dictaduras militares, y se profundiza en los años ochentas conduciendo a la redemocratización al instituirse un periodo en que predominan cíclicamente las salidas de capitales. La tentativa de conciliarlo con el desarrollo económico y las presiones populares para la distribución de la renta condujo a la explosión inflacionaria, a la crisis de la balanza de pagos y a la moratoria técnica. El prestigio creciente del planteamiento cubano de una negociación conjunta para la deuda externa, la aproximación entre los países latinoamericanos y los riesgos políticos del avance de la radicalización social llevan a la reestructuración de las bases de la hegemonía estadounidense. Ésta se hizo en torno al Consenso de Washington que propone la renegociación de la deuda externa latinoamericana a cambio de la apertura comercial y financiera de la región, de la privatización de las empresas estatales, de la elevación de los intereses y de la amplia desregulación de la economía, en particular de los mercados de trabajo. Frente a la falta de alternativas de socialdemócratas y liberales —hegemónicos en el contexto de la redemocratización— respecto a la crisis, el neoliberalismo se impone.

Los pioneros del pensamiento neoliberal en América Latina fueron representantes de la derecha tradicional monetarista que en los años cincuentas y sesentas incorporaron influencias estructuralistas. Ellos priorizaron el combate de la inflación a partir de la superación de puntos de estrangulamiento inherentes al subdesarrollo. Eso exigiría la apertura al capital extranjero y a la intervención estatal para complementarla o contener la demanda, si fuera necesario, por el autoritarismo. La mayor expresión de esa vertiente fue, como vimos, Roberto Campos.

Luego aparecieron, hasta los años setentas, los economistas formados bajo la influencia monetarista de la Escuela de Chicago, distinguiéndose los becarios

de la Universidad Católica de Chile. Ese grupo tuvo una penetración más extensa que el anterior en el aparato del Estado y ejerció una influencia ideológica más vasta. Inicialmente por medio de dictaduras en Chile, Uruguay, Argentina y Bolivia y, en los ochentas, por mecanismos de representación en Costa Rica, Ecuador, Bolivia, República Dominicana, México y Venezuela.

La ofensiva neoliberal también se benefició de las inversiones de fundaciones norteamericanas, principalmente de la Ford, en la reformulación de la comunidad científica de la región. América Latina se convirtió en la principal receptora de sus recursos en los años setentas, destacándose Brasil, seguido por Chile y México. Se trataba de crear una intelectualidad que fuese una fuerza de contención de la amenaza socialista representada por la Revolución Cubana, pero que no estuviese comprometida con el autoritarismo, siendo capaz de dirigir la expansión del capitalismo mediante la organización de un consenso a su favor. Así, la Fundación Ford no se identificó principalmente con el imperialismo de Estados Unidos, pero sí con el planteamiento de su hegemonía. Éste supone la combinación entre el mercado, expresado en la dominación económica del capital internacional, y la libertad y autonomía políticas. El concepto de dependencia negociada, de Fernando Henrique Cardoso, fue central para el desarrollo de esta perspectiva. El Centro Brasileño de Análisis y Planeación (CEBRAP), institución organizada bajo su liderazgo, fue el más importante captor de recursos de la Fundación Ford en Brasil.

La entidad invirtió en el entrenamiento de intelectuales en Estados Unidos y destinó cuantiosos recursos a centros de investigación independientes y programas específicos de posgrado. Entre ellos estaban, además del CEBRAP, el Departamento de Economía y el Instituto de Relaciones Internacionales de la Pontificia Universidad Católica (PUC) de Río de Janeiro, los Departamentos de Economía y Administración de la Fundación Getúlio Vargas (FGV) de Río de Janeiro y São Paulo, el Instituto Universitario de Investigación de Río de Janeiro (IUPERJ, siglas en portugués), la Asociación Nacional de Posgrado e Investigación en Ciencias Sociales (ANPOCS, siglas en portugués), el Programa de Posgrado en Antropología Social, de la Universidad Federal de Río de Janeiro y la Asociación Nacional de Centros de Posgrado en Economía (ANPEC, siglas en portugués). El proyecto era crear una nueva élite dirigente regional dentro de una perspectiva especializada que priorizara un enfoque analítico y poco integrado del proceso social latinoamericano, restringiendo las posibilidades de una intervención sistémica en nuestra sociedad a las políticas compensatorias de tercera vía.

La fuerza del pensamiento neoliberal en la región estuvo ligada en buena medida a la conversión de neodesarrollistas y dependentistas, cuyo liderazgo político le aseguró el control del Estado.

La conversión de los neodesarrollistas al neoliberalismo siguió dos recorridos. Uno de ellos fue el de la reformulación de las teorías de la inflación inercial que repercutieron en el fracaso de los planos heterodoxos de estabilización económica, a mediados de los años ochentas. Las dificultades para mantener el congelamiento de los precios en economías de mercado condujeron a la utilización del mercado internacional como instrumento de control inflacionario. Sus ideólogos locales fueron Pérsio Arida, André Lara Resende, Gustavo Franco, todos formados como economistas en la PUC de Río de Janeiro, y Mario Henrique Simonsen, de la FGV de Río de Janeiro. El otro recorrido más amplio redefinió teóricamente al Estado, las relaciones sociales y económicas internacionales. El concepto de regionalismo abierto de Gert Rosenthal focalizó las bases del paradigma de integración de la CEPAL al proponer la apertura comercial y financiera de la región como forma de impulsar su competitividad internacional. La reformulación del Estado y de las relaciones sociales fue pensada desde un modelo gerencial basado en el nuevo laborismo de Anthony Blair, y difundido por Luiz Carlos Bresser Pereira a partir del Ministerio de la Administración y Reforma del Estado (MARE) del gobierno de Fernando Henrique Cardoso. Se proponía la retirada del Estado del sector productivo y la introducción de mecanismos gerenciales en la administración pública —exceptuando los sectores estratégicos—, así mismo para las políticas de combate a la exclusión social.

También ocurrió la conversión de los dependentistas de extracción weberiana al neoliberalismo, en particular Fernando Henrique Cardoso. Para eso fue clave la idea de que la dependencia constituyó el paradigma de desarrollo de las sociedades periféricas. Al cambiar el paradigma del desarrollo de la economía mundial del proteccionismo moderado, que viabilizó la sustitución de importaciones, al neoliberalismo, se modificó su propuesta de políticas públicas.

La hegemonía del neoliberalismo condujo a una profunda crisis de las sociedades latinoamericanas que al final de la década de los noventas se vieron amenazadas por la expansión del endeudamiento externo e interno, la desnacionalización, el desempleo y la pobreza.

El pensamiento social en el siglo XXI

La reorganización del pensamiento crítico en América Latina se articula en torno a tres grandes enfoques que se dedican al análisis de un mundo en globalización y del papel que la región puede cumplir en ese proceso. El primero, liderado por Theotônio dos Santos, desarrolla la integración entre las teorías de la dependencia y del sistema mundial que se esboza desde mediados de la

década de los setentas y, en los años ochentas y noventas, se profundiza a partir del diálogo con las obras de Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi, André Gunder Frank y Samir Amin. Se sitúa la formación de un sistema mundial capitalista en el siglo XV y su desarrollo en el análisis fundado en la articulación de sus tendencias seculares y cíclicas. Para eso, utiliza los conceptos de revolución científico-técnica, ciclos sistémicos, ciclos de Kondratiev y tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Distingue el periodo que se abre a partir de 1967 a 1973, como de crisis simultánea de la economía de Estados Unidos y las tendencias seculares del sistema mundial capitalista. Esa crisis, contenida parcialmente por la emergencia de un nuevo Kondratiev desde 1994, abre el espacio para las políticas de contrahegemonía, por parte de Estados y movimientos sociales. El desarrollo del regionalismo, la proyección del Este asiático y su periferia —en especial China— y la expansión de los movimientos sociales ilustran las guerras de posición y movimiento de la contrahegemonía en el sistema mundial. A América Latina le toca elegir entre adentrarse en el neoliberalismo o luchar por la ruptura con la dependencia y la participación activa en la reconducción del sistema mundial. El agotamiento de la actual fase expansiva del ciclo de Kondratiev podrá abrir, a partir de 2020, un periodo de transformaciones decisivo para la redefinición del sistema mundial, en el cual el socialismo no será la única alternativa.

El segundo enfoque, cuyas mayores expresiones son Maria da Conceição Tavares y José Luis Fiori, se basa en la reformulación del pensamiento neodesarrollista que desplaza el eje de su análisis hacia la economía mundial, y sitúa como centro más importante del poder, a partir de los años ochentas, el financiamiento del capitalismo articulado por Estados Unidos. La hegemonía de Estados Unidos se redefine y se aproxima a su condición de imperio, apoyada en la fuerza del dólar y de las armas. Este enfoque rechaza la noción de ciclos o de tendencias seculares de un sistema y analiza la coyuntura contemporánea como un periodo individualizado que impulsa la acumulación y sus beneficiarios más directos. Pero la crítica al hacerse unilateral restringe el espacio de la resistencia y conduce al pesimismo.

La tercera, que tiene en Ana Esther Ceceña un importante liderazgo, se apoya en la reconstrucción del pensamiento antiimperialista para enfrentar los desafíos del panamericanismo resurgente. Este último viola la soberanía nacional, sea por las limitaciones a la libertad de los Estados para definir sus políticas con relación a la economía mundial, o sea por la ocupación, su forma más radical. El enfoque también postula la condición casi imperial de Estados Unidos, pero localiza su eje en el liderazgo tecnológico. Enfatiza la importancia del territorialismo para las nuevas formas de dominación que incorporan la biodiversidad, el petróleo y el agua. Sitúa en ese contexto la importancia estratégi-

ca de América Latina y denuncia las formas de penetración del imperialismo para obtener el control económico y político de la región.

Con esos enfoques, el pensamiento social latinoamericano se proyecta sobre el siglo XXI oponiéndose al neoliberalismo para reconstruir la región y el poder mundial teniendo como objetivos la democracia, el desarrollo y la igualdad. Corresponderá a las luchas sociales y a la historia responder si tendrá éxito.

Bibliografía

- CAPUTO, O. y R. PIZARRO (1973), *Dependencia y relaciones internacionales*, San José, Educa.
- CARDOSO, C. F. y H. BRIGNOLI (1979), *História econômica da América Latina*, Rio de Janeiro, Graal.
- CARDOSO, Fernando Henrique (1975), *Autoritarismo e burocratização*, São Paulo, DIFEL.
- CARDOSO, F. H. y E. FALETTO (1969), *Dependência e desenvolvimento na América Latina: ensaio de interpretação sociológica*, Petrópolis, Vozes.
- CEPAL (1998), *Cincuenta años del pensamiento de la Cepal: textos seleccionados*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2 vols.
- DOS SANTOS, Theotônio (1978), *Imperialismo y dependência*, México, Era.
- DOS SANTOS, Theotônio (2000), *A teoria da dependência: balanço e perspectivas*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- FERNANDES, Florestan (1974), *A revolução burguesa no Brasil: ensaio de interpretação sociológica*, Rio de Janeiro, Zahar.
- FIORI, José Luís (2003), *O vôo da coruja: para reler o desenvolvimentismo brasileiro*, Rio de Janeiro, FEA, UFRJ, tesis de doctorado.
- FURTADO, Celso (1959), *Formação econômica do Brasil*, Rio de Janeiro, Fundo de Cultura.
- FURTADO, Celso (1997), *Obra autobiográfica*, São Paulo, Paz e Terra, 3 vols.
- LÖWY, Michael (1982), *El marxismo en América Latina*, México, Era.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1975), *Sete ensaios sobre a realidade peruana*, São Paulo, Alfa-Omega.
- MARINI, Ruy Mauro (1973), *Dialéctica de la dependencia*, México, Era.
- MARINI, Ruy Mauro y Theotônio DOS SANTOS (organizadores) (1999), *El pensamiento social latinoamericano en el siglo XX*, Caracas, Unidad Regional de Ciencias Sociales, UNESCO.
- MARINI, Ruy Mauro y M. MILLÁN (compiladores) (1994), *Antología sobre La teoría social latinoamericana. Los orígenes*, México, UNAM, tomo I.

- MARINI, Ruy Mauro y M. MILLÁN (compiladores) (1994), *Antología sobre La teoría social latinoamericana. Subdesarrollo y dependencia*, México, UNAM, tomo II.
- MARINI, Ruy Mauro y M. MILLÁN (compiladores) (1995), *Antología sobre La teoría social latinoamericana. La centralidad del marxismo*, México, UNAM, tomo III.
- MARTINS, Carlos Eduardo (2003), *Globalização, dependência e neoliberalismo na América Latina*, São Paulo, Departamento de Sociologia, FFLCH, USP, tesis de doctorado.
- MELLO, João Manuel Cardoso (1990), *O capitalismo tardio*, São Paulo, Brasiliense.
- PREBISCH, Raúl (1981), *Capitalismo periférico: crisis y transformación*, México, Fondo de Cultura Económica.
- RIBEIRO, Darcy (1985), *O processo civilizatório: estudos de antropologia da civilização*, Petrópolis, Vozes.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2000), *The essential Wallerstein*, New York, The New York Press.